

[DEL BIEN DE LA MUERTE.]

ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DEL BIEN DE LA MUERTE. Donde principalmente se discute SOBRE LAS MORADAS DE LAS ALMAS DESPUÉS DE LA MUERTE, y sobre el libro IV de Esdras.

La relación que guarda el libro sobre el Bien de la muerte con el anterior sobre Isaac y el Alma, queda suficientemente clara en las primeras palabras de aquel: si alguien quisiera interpretarlas de manera más estricta, quizás no sin razón afirmaría que se trata de un solo cuerpo de obra, cuyo primer libro debería llamarse el primero, y el otro el segundo. ¿Qué otra cosa parece haber querido Ambrosio, cuando después de concluir el libro sobre Isaac con la sentencia: "Por tanto, no temamos la muerte", etc., comienza el siguiente con estas palabras: "Puesto que en el libro anterior hemos tejido algún discurso sobre el alma, creemos que es más fácil componer algo sobre el bien de la muerte", etc.? Así pues, lo que al final de la última disertación no se había tratado suficientemente, se propone aquí para ser discutido de manera más amplia y precisa.

Aquí, el santo Doctor muestra qué bien es, cuáles son las utilidades de la muerte, y cuán poco debe temerse. Persigue su propósito con un método bastante preciso. En efecto, tras definir la vida y la muerte, y oponer algunas objeciones a la utilidad de la muerte, que luego refuta, demuestra que se encuentran tres tipos de muerte, y que el tercer tipo, que consiste en la separación del alma y el cuerpo, es bueno y lleno de felicidad, y si tiene algo que temer o de inconveniente, eso no debe atribuirse a la muerte, sino a nuestra propia debilidad. Lo que, si algo, declara la piedad del Santo Varón, es que casi todos sus argumentos se apoyan en la autoridad de los libros sagrados, o si utiliza algo tomado de la razón natural, que ya en una causa similar había sido aportado por los filósofos, siempre lo confirma con algún testimonio divino. De aquí toma ocasión para enseñar a los cristianos cuán poco deben aferrarse a esta vida llena de todo tipo de miserias, y cuán diligentemente deben morir al mundo, extinguiendo las delicias del cuerpo, todas las pasiones y las seducciones del mundo (Cap. 3, etc.), para que, gracias a una vida íntegra y santa, la muerte, que solo el pecado puede hacer temible, no sea temida. Esto último lo prueba repetidamente, y especialmente en los tres capítulos de esta pequeña obra (Cap. 5, 6 y 7). Finalmente, después de haber afirmado la inmortalidad del alma, explica cuál será su estado una vez separada de la compañía del cuerpo; y concluyendo, exhorta a los fieles a que se esfuercen con toda diligencia por unirse a Dios y adherirse a Él con un alma indivisa, para que, después de completar el curso de esta vida, puedan llegar al consejo de los patriarcas, al cielo de los santos y a la asamblea de los justos, donde el Señor Jesús ha preparado moradas para sus siervos, para que donde Él esté, también estemos nosotros (Cap. 12).

De toda la economía de esta obra se puede conocer que no solo no se encuentra nada más adecuado para la disciplina de las costumbres, sino también que es claramente sincrónica con el libro sobre Isaac, es decir, editada alrededor del año 387. Tampoco parece mal conjeturar que consta de sermones que Ambrosio convirtió en libro, con la misma inscripción de sobre el Bien de la muerte, bajo la cual es citado más de una vez por Agustín (Lib. IV, contr. duas epist. Pelag., cap. 11). Y quizás por todas estas razones, en uno de los códices reales se inscribió así: Tercer libro del libro de los Patriarcas, que se titula sobre el Bien de la muerte.

Sin embargo, lo que el Santo Doctor transmite al final de esta escritura sobre el estado de las almas despojadas de sus cuerpos, y sobre el autor de quien proviene esa doctrina, ciertamente nos arroja a dos dificultades no menores. En primer lugar, si interpretamos estrictamente las palabras de nuestro Doctor, nos veremos obligados a confesar claramente que, según su

juicio, las almas están encerradas en ciertas moradas (Cap. 10) hasta la resurrección general, esperando allí la recompensa debida a sus obras, pero no entregada antes del último día, mientras tanto, sin embargo, son afectadas por ciertos bienes o castigos (Ibid.), según lo que cada una de ellas mereció, y finalmente la alegría de los justos está distribuida en ciertos órdenes (Cap. 11).

No es sorprendente que Ambrosio haya escrito de esta manera sobre el estado de las almas, pero parece casi increíble cuán inciertos e inconstantes han sido los santos Padres en esa cuestión desde los tiempos de los apóstoles hasta el pontificado de Gregorio XI y el concilio de Florencia, es decir, durante casi catorce siglos. No solo difieren unos de otros, como suele suceder en cuestiones de este tipo aún no definidas por la Iglesia, sino que tampoco son coherentes consigo mismos; ya que en algunos lugares de sus escritos conceden que las mismas almas disfrutaban de la clara visión de la naturaleza divina, mientras que en otros parecen negarlo. Sin embargo, no es nuestro propósito aquí reunir las diversas opiniones de los antiguos Padres: quien desee conocer más sobre este asunto, puede consultar a Alfonso de Castro (Lib. III, adv. Haeres.), Sixto Senense (Bibl. l. VI, Annot. 345), Bellarmino (Lib. I de Beat. cap. 1 y sig.), Petavio (Theolog. dogm. de Deo. cap. 13 y 14), y otros. Solo advertimos aquí que toda esa diversidad de discurso proviene de los diversos principios que la lectura de las sagradas escrituras proporcionaba a esos santos varones. De ahí que aquellos que abrazaron el error de los milenarios negaran con el mismo argumento la visión beatífica antes de la resurrección de los cuerpos. Y aunque quienes los siguieron combatieron e impugnaron con gran empeño ese mismo error, sin embargo, aún dudaban sobre la visión de Dios.

En efecto, cuando consideran la oración de Cristo en la que suplica al Padre por los elegidos, "para que estén", dice (Juan XVII, 12), "conmigo", etc.; cuando consideran aquello del Apóstol: "deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor" (Filip. I, 23); cuando prestan atención a esas palabras, "el reino de los cielos", "la vida eterna", y otras similares; pero sobre todo cuando examinan la diferencia de aquellos cuyo fallecimiento precedió a la resurrección de Cristo, así como de aquellos que, habiendo sido liberados por Cristo del limbo, murieron, entonces no dudan en atribuir esa visión bienaventurada a las almas liberadas, especialmente cuando honran con elogios fúnebres solemnes a mártires o a otros hombres eminentes. Pero, por el contrario, parecen no admitirla en absoluto cuando consideran las parábolas de los trabajadores en la viña, de Lázaro, del Rico, y del seno de Abraham: pero sobre todo cuando ponderan todo lo que se nos enseña en las Escrituras sobre el juicio final y la resurrección universal, que son como dos ejes sobre los que giran todas las exhortaciones y promesas de Cristo en sus parábolas, de los apóstoles en las epístolas canónicas, y en una palabra, según el testimonio del Apóstol, toda la fe cristiana; incluso la esperanza de los bienaventurados Job y Tobías, las amenazas de los profetas, así como las oraciones de los santos. Y los mismos escolásticos admiten que la gloria del alma en ese tiempo será aumentada considerablemente, de modo que no faltaron quienes también afirmaron que la misma visión intuitiva de Dios será mucho más intensa y perfecta.

Ciertamente, el gran Agustín no niega (Serm. 220 y 238, en el Natalicio de los Mártires; En el Salmo XXXVI, XLIII, CXVI; lib. XII de la Ciudad de Dios, c. 9; lib. XX, c. 14, 15, 16; En el Génesis, lib. XII, cap. 34 y en otros lugares) que le resulta muy difícil comprender cómo pueden las almas disfrutar de la visión de la naturaleza divina, dado que no se dirigen hacia ella con todo su esfuerzo e ímpetu, sino que aún están muy inclinadas hacia el bien creado, es decir, la sociedad del cuerpo. Por otro lado, al observar que tal inclinación puede estar sujeta a Dios, y que también será así que después de la resurrección esas mismas almas estarán ocupadas con el cuidado de administrar el cuerpo, movido por estas causas, después de buscar varias soluciones, finalmente en las Retracciones (Lib. I, cap. 14), no disimula que

aún está en duda y vacilante, y que no se atreve a definir nada sobre esto. Siguiendo este principio agustiniano, Bernardo (Serm. 3 y 4 de todos los Santos; Serm. 4 en la Dedicación de la Iglesia) lo ha superado de tal manera que parece conceder a los espíritus de los justos solo la visión o conocimiento de la humanidad de Cristo: y creemos que nadie se acerca más a él en esta opinión que el autor de las Cuestiones a los Ortodoxos (Cuest. 75), que hasta ahora han sido publicadas entre las obras de Justino. Corresponde al lector juzgar de dónde proviene esa concordancia. Sin embargo, se presentan no pocos testimonios de Bernardo (Lib. I, de dil. Deo; Serm. de S. Malach., y de Obit. Humb.; Serm. I en Pentec. 2; de Ascens. 6; en Cant. ep. 98 y 266, y en otros lugares), por los cuales se afirma que no niega en absoluto la visión de Dios a los justos fallecidos.

Dado que así son las cosas, no debería sorprender a nadie que, al igual que otros Padres, Ambrosio también, guiado por diferentes principios, a veces concediera que los santos ven a Dios, y a veces lo negara. Pero como no se encuentra ningún lugar en esta materia más célebre o difícil que aquel del que estamos hablando, parece que no podemos evitar examinarlo más cuidadosamente. En primer lugar, está fuera de controversia que Ambrosio no entiende aquí por moradas corporales, ya que en todas partes, tanto en otros lugares como en este libro, proclama constantemente que el alma es de naturaleza espiritual; de donde se sigue que no necesita un lugar corporal. Luego, afirma que las almas de los réprobos son atormentadas por el hecho de que ven que ciertas moradas de los justos, en las que serán recibidas después del día del juicio universal, están custodiadas por ángeles. Y estas son, sin duda, moradas de gloria que, por lo tanto, deben ser corporales, ya que las almas deben ser reunidas nuevamente con sus cuerpos, que llenarán un lugar corporal. Finalmente, indica (Cap. 10 y 12) que de esas primeras moradas Cristo dijo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan XIV, 2). ¿Quién no sabe que por esas moradas no se designa otra cosa que los diversos grados de gloria que las almas bienaventuradas que disfrutaban de la visión divina alcanzan en los cielos? Por lo tanto, no creemos que sea absurdo afirmar que el santo Prelado, cuando explica con tanto fervor esas moradas y la felicidad de los santos distribuida en siete órdenes, más bien pone y tiene la visión de Dios en cosas ciertas, que negarla. ¿No es esto, por favor, lo que también hace esa colección que él mismo extrae de allí? "Por tanto, porque los justos", dice (Cap. 11), "tienen esta recompensa, que ven el rostro de Dios, y esa luz que ilumina a todo hombre", etc. Y no una sola vez en este lugar pronuncia que las almas de los justos estarán "con Cristo", sin duda en esa feliz contemplación de Dios, que adjudica abiertamente a Graciano, Valentiniano y Teodosio (Orat. de Obit. Valent., y de Obit. Theod.).

Pero si examinamos más profundamente el asunto, encontraremos que Ambrosio ha repetido y afirmado muchas veces este principio, que el único impedimento para que el alma pueda ver a Dios son las ataduras del cuerpo corruptible. Esto se encuentra frecuentemente en otras de sus obras, y en este lugar se declara sin ambigüedad cuando dice: "Entonces, con el rostro revelado, se podrá contemplar la gloria del Señor, que ahora las almas, envueltas en las entrañas concretas de este cuerpo y con ciertas manchas de esta carne... no pueden ver sinceramente" (Cap. 11). Por lo tanto, cuando aquí leemos que esperan "la recompensa debida" (Cap. 10), ¿por qué no podemos entender que se refiere a la segunda unión con sus cuerpos, la gloria de esos mismos cuerpos, la sentencia del juicio final, la consumación de todos los elegidos, por la cual, como escribe en otro lugar, "los santos gimen"? Aunque, dice, "están seguros de su mérito, sin embargo, porque aún está por venir la redención de todo el cuerpo de la Iglesia, compadecen. Pues cuando aún sufren los miembros de su cuerpo, ¿cómo no compadecerán los otros miembros, aunque sean superiores?" (Epist. 39, ad Oront.)? Lo que además se predica de ellos "seguros de su mérito" (Cap. 11), ¿cómo puede conciliarse

con lo que en otro lugar del libro II de Caín y Abel (Cap. 2, num. 9) se dice, lo entenderás a partir de la nota al pie del cap. 11.

No debe omitirse que entre los escritores sagrados, Ambrosio es el más similar al Autor de la Obra imperfecta sobre Mateo en cuanto a establecer la bienaventuranza de las almas y a buscar testimonios del apócrifo Esdras. El lector juzgará si de ahí se puede extraer algún argumento para confirmar la opinión de aquellos que consideran a este en el catálogo de autores de la Iglesia Latina (Homil. 34).

Ahora debemos abordar el segundo punto, a saber, que Ambrosio, todo lo que aquí transmite sobre las almas liberadas de la sociedad corporal, lo ha tomado del libro que se titula cuarto de Esdras. Ciertamente, el Santo Prelado no duda en incluir ese libro entre las Escrituras canónicas, y atribuirle como autor al profeta Esdras, quien, inspirado divinamente, consignó por escrito todo lo que le fue revelado por el Espíritu Santo. Finalmente, profesa y repite con frecuencia que posee autoridad divina, y que no debe considerarse inferior a ninguno de los que se contienen en nuestras Biblias. Y no solo habla así aquí, sino también en muchas otras disertaciones, como en el Comentario sobre Lucas (Lib. II), el segundo libro sobre el Espíritu Santo (Cap. 7), la Oración sobre la Muerte de su hermano Sátiro (Cerca del final), y finalmente en la epístola a Orontiano (Ep. 38), a quien exhorta a que, mediante la diligente lectura del mismo, reconozca que la sustancia del alma es espiritual e inmortal.

Muchos modernos se sienten perturbados porque el santo Doctor haya hablado de esa manera sobre un libro que consideran completamente apócrifo, es decir, que, según dicen, no solo tiene un autor oscuro y no se cree que haya sido escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, sino que también tiene una autoridad oscura en la Iglesia; tanto porque nunca ha sido recibido en ningún canon, ni entre los judíos ni en la Iglesia, sino que ha sido rechazado por el consenso común de los Padres; como porque se encuentran en él varios errores, como lo que narra sobre los depósitos de las almas, y similares. Ciertamente, ellos citan la autoridad de Jerónimo, quien, disputando contra Vigilancio, lo rechaza como no recibido por la Iglesia, aunque aún no lo había leído cuando escribió estas cosas. Así dice él: "Tú, vigilante, duermes, y durmiendo escribes, y me propones un libro apócrifo, que bajo el nombre de Esdras es leído por ti y por tus semejantes... que yo nunca he leído. ¿Por qué tomar en manos lo que la Iglesia no recibe?" Aún más vehementemente en otro lugar (Epist. ad Domnion. et Rogat.) no solo se lanza contra el cuarto, sino también contra el tercero, aunque aquellos que ahora siguen al santo en esa opinión no se muestran tan hostiles a este libro. Añaden algunos que no parece ser el gran Esdras, escriba y doctor de la ley, a quien atribuyen el tercero, sino otro homónimo.

Sin embargo, no faltaron quienes juzgaron más equitativa y benignamente sobre esta obra. En efecto, consideraron que no solo no contiene error alguno, sino que también su autoridad es principal en la Iglesia, ya que ha insertado en sus oraciones algunos pasajes tomados de allí (En la Misa del martes de Pentecostés y en las fiestas de los Mártires), y no ha prohibido que se imprima al final de las Biblias. Incluso se encuentra en algunos manuscritos de la antigüedad que el cuarto libro de Esdras está incluido entre los canónicos, aunque no en todos, ni sin alguna distinción. Pues en un códice muy antiguo que se conserva en nuestra Biblioteca, los dos libros canónicos de Esdras están unidos en uno, comenzando el segundo desde el primer capítulo de este cuarto, sin duda porque ese es su inicio: "Segundo libro del profeta Esdras". Luego, a partir de los capítulos de este y del tercer libro, mezclados entre sí, se confeccionan cuatro libritos. El erudito Faber, preceptor de Luis XIII (Epist. ad card. Baron.), descubrió que un manuscrito del mismo cuarto libro difería tanto de la edición que consideró oportuno enviar sus variantes al cardenal Baronio. Tal diversidad quizás sea la

causa de que algunas citas de Ambrosio de ese mismo libro no se encuentren en la edición. Finalmente, se encontró un autor de esta época que creía que los dos últimos libros de Esdras eran canónicos y de autoridad divina, y que intentó afirmar esta opinión suya también por escrito (Genebr. Chron. l. II, ad an. mundi. 368). Pero sea lo que sea de este asunto, consta que no solo Ambrosio pensó así entre los antiguos Padres. Clemente de Alejandría (Lib. III, Strom.) cita a Esdras llamándolo profeta en el cuarto libro de este, y de manera similar lo alaba el Autor de la Obra imp. sobre Mateo (Loc. sup. cit.), y finalmente parece aludir a él Cipriano (Ad. Demetr.).

Por lo tanto, no nos sorprende en absoluto que Ambrosio haya elogiado y exaltado aquí la autoridad de un libro que, como se desprende de otros de sus comentarios, consideraba canónico. En efecto, como él mismo profesa, lo hacía con el propósito de refutar a los gentiles que acusaban a Cristo y a sus discípulos de haber tomado su doctrina de Platón y de aquellos filósofos, demostrando que más bien Platón había tomado de Esdras y de otros de nuestros autores todo lo bueno que había enseñado sobre el estado de las almas después de la muerte. No era nueva para los paganos una acusación de este tipo. Celso se la había planteado a Orígenes (Orig. l. VII, cont. Cels.) muchos años antes en el mismo argumento. Y dado que en tiempos de Ambrosio aún tenía bastante fuerza la idolatría que Símaco defendía con su autoridad, no cabe duda de que entonces se renovó la misma calumnia. Por lo tanto, no parecerá extraño que, para desmentir una mentira que iba a destruir por completo la fe cristiana, el Santo Doctor haya proclamado la autoridad de este escritor con todo su poder. Sin embargo, también añado otros testimonios de las sagradas escrituras, con los cuales demuestra invenciblemente a esos orgullosos gentiles que Platón y su Sócrates habían bebido de estas fuentes purísimas de la verdad muchas cosas que luego ellos mismos corrompieron con el fango diluido de varias fábulas. Sobre Platón, en efecto, es tan constante que aprendió muchas cosas, ya sea de los sagrados códigos, como enseña aquí Ambrosio, o, como otros quieren, de Pitágoras, quien también había escuchado a los sabios judíos; que se hizo famoso aquel dicho de Numenio el Pitagórico sobre él: "¿Qué es Platón sino Moisés que habla ático?"

SAN AMBROSIO OBISPO DE MILÁN SOBRE EL BIEN DE LA MUERTE LIBRO UNO.
(C)

389 CAPÍTULO I.

Conecta este libro con el anterior; y plantea la duda: ¿Cómo es que la muerte no se considera mala, aunque sea contraria a la vida?

1. Dado que en el libro anterior hemos tejido algún discurso sobre el alma, creemos que es más fácil elaborar algo sobre el Bien de la muerte. Si perjudica al alma, puede parecer un mal; pero si no le afecta en nada, ni siquiera es un mal. Y lo que no es malo, también es bueno; porque lo que es vicioso, es malo; pero lo que carece de vicio, es bueno; y por eso los bienes son contrarios a los males y los males a los bienes. En definitiva, hay inocencia donde no hay voluntad de dañar; y se dice nocivo al que no es inocente; misericordioso al que perdona; inmisericorde al que no sabe perdonar ni conmoveerse.

2. Pero tal vez alguien afirme: ¿Qué es tan contrario como la vida a la muerte? Si, por tanto, la vida se considera un bien, ¿cómo es que la muerte no es mala? Y por eso consideremos qué es la vida y qué es la muerte. La vida es disfrutar del don de respirar, la muerte es ser privado de ello. Este don de respirar se considera un bien por muchos. Así pues, la vida es disfrutar de

los bienes: la muerte, por el contrario, es ser despojado de los bienes. Y la Escritura dice: "Mira, he puesto ante ti la vida y la muerte, el bien y el mal" (Deut. 30, 15), llamando a la vida un bien y a la muerte un mal; o comparando lo anterior consigo mismo y esto consigo mismo. Finalmente, para usar el ejemplo de la lectura divina, el hombre fue puesto en el paraíso para comer del árbol de la vida y de los demás árboles del paraíso: pero no debía comer del árbol en el que estaba el conocimiento del bien y del mal; el día que comiera de él, moriría (Gén. 2, 16-17). No guardó el precepto, y careció del fruto, y fue expulsado del paraíso y probó la muerte. Por lo tanto, la muerte es un mal, que se impone como precio de la condenación.

CAPÍTULO II.

Habiendo hecho la distinción sobre los tres tipos de muerte, muestra que el tercer tipo es intermedio; más bien debe considerarse bueno, ya que nos libera de las miserias y pecados de la vida; sin embargo, debe esperarse pacientemente.

3. Pero hay tres tipos de muerte. Una es la muerte del pecado, de la cual está escrito: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel 18, 4). Otra es la muerte mística, cuando alguien muere al pecado y vive para Dios, de la cual dice el Apóstol: "Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte" (Rom. 6, 4). La tercera es la muerte por la cual completamos el curso de esta vida y su tarea, es decir, la separación del alma y el cuerpo. Advertimos, por tanto, que una muerte es mala, si morimos por los pecados: otra muerte es buena, por la cual quien ha muerto ha sido justificado del pecado: la tercera muerte es intermedia; pues parece buena para los justos, y temible para muchos, que aunque libera a todos, deleita a pocos. Pero esto no es un defecto de la muerte, sino de nuestra debilidad, que nos dejamos cautivar por el placer del cuerpo y la delectación de esta vida, y tememos completar este curso, en el cual hay más amargura que placer. Pero no así los hombres santos y sabios, que gemían por la larga duración de esta peregrinación, considerando más hermoso ser liberados y estar con Cristo: finalmente maldecían el día de su nacimiento, como alguien dijo: "Perece el día en que nací" (Job 3, 2).

4. ¿Qué es lo que hace que esta vida sea deleitable, llena de miserias y preocupaciones? En la cual hay innumerables calumnias, y muchas molestias, y muchas lágrimas de aquellos que son afligidos por las molestias, y no hay, dice, quien los consuele (Lamentaciones 1, 2). Y por eso el Eclesiastés alaba a los muertos más que a los vivos. Y dice que es mejor, "más que estos dos, el que aún no ha nacido, que no ha visto este mal" (Eclesiastés 4, 2-3). Y en otro lugar, el mismo Eclesiastés afirmó que es mejor que un hombre longevo aquel a quien su madre expulsó en aborto (Eclesiastés 6, 3), porque no vio los males que se hacen en este mundo, ni vino a estas tinieblas, ni caminó en la vanidad del siglo; y por eso tendrá más descanso aquí quien no vino a esta vida, que aquel que vino. ¿Qué bien hay para el hombre en esta vida, que vive en la sombra, y no puede saciarse de sus deseos? Y si se sacia de riquezas, pierde el fruto de la tranquilidad, porque se ve obligado a custodiar lo que ha adquirido con miserable avidez; para poseerlas más miserablemente, ya que no le podrán beneficiar. ¿Qué hay más miserable que ser atormentado por la custodia de lo que en abundancia no aprovecha?

5. Por lo tanto, si la vida está llena de carga, ciertamente su fin es un alivio: el alivio es un bien, pero la muerte es el fin: por lo tanto, la muerte es un bien. Pues de otro modo no se habría alegrado Simeón, quien había recibido la respuesta de que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor; y cuando sus padres lo llevaban al templo, lo tomó en sus brazos y dijo: "Ahora despides a tu siervo en paz" (Lucas 2, 29); como si estuviera retenido en esta

vida por una necesidad, no por voluntad. Así pide ser liberado, como si apresurara hacia la libertad desde ciertas cadenas. Pues hay como ciertas cadenas de este cuerpo, y lo que es más grave, cadenas de tentaciones, que nos atan y nos sujetan a la injuria de la cautividad por una cierta ley del pecado. Finalmente, en el mismo momento de la partida vemos cómo el alma del que muere se libera poco a poco de las cadenas de la carne, y al ser emitida por la boca, vuela como si se despojara de la prisión de este cuerpo. Finalmente, también el santo David se apresuraba a salir de este lugar de peregrinación, diciendo: "Soy un extranjero contigo en la tierra y un peregrino, como todos mis padres" (Salmo 38, 13). Y por eso, como peregrino, se apresuraba a aquella patria común de todos los santos, pidiendo que se le perdonaran los pecados por la contaminación de esta estancia, antes de partir de la vida. Porque quien aquí no haya recibido el perdón de los pecados, allí no estará. No estará, sin embargo, quien no pueda llegar a la vida eterna, porque la vida eterna es el perdón de los pecados. Por eso dice: "Perdóname, para que me refresque, antes de que me vaya y ya no sea" (Salmo 38, 14).

6. ¿Por qué, entonces, deseamos tanto esta vida, en la cual cuanto más tiempo pasa uno, tanto más se carga con el peso de los pecados? El mismo Señor dice: "Bástele al día su propio mal" (Mateo 6, 34). Y Jacob dijo: "Los días de los años de mi vida que tengo, ciento treinta, son pocos y malos" (Génesis 47, 9), no porque los días sean malos, sino porque con el paso de los días se acumulan incrementos de maldad. Ningún día pasa sin nuestro pecado.

7. De donde el Apóstol dice excelentemente: "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Filipenses 1, 21), refiriendo una cosa a la necesidad de la vida, y otra a la utilidad de la muerte. Porque Cristo es para nosotros vivir, a quien servimos, a quien es necesario que sus santos le ofrezcan servicio en la predicación del Evangelio. Finalmente, también Simeón, quien dijo: "Ahora despides a tu siervo" (Lucas 2, 29), esperaba por Cristo. Porque Cristo es nuestro rey; y por eso no podemos abandonar ni despreciar lo que el rey ordena. ¡Cuántos el emperador de esta tierra ordena vivir en lugares extranjeros, ya sea por honor o por alguna tarea! ¿Acaso se van sin consultar al emperador? ¡Y cuánto más es obedecer a lo divino que a lo humano! Vivir, por tanto, para el santo es Cristo, y morir es ganancia. De donde el Apóstol, como siervo, no rehúye el servicio de la vida, y como sabio, abraza la ganancia de la muerte. Porque es ganancia haber escapado de los incrementos del pecado, ganancia haber huido de lo peor y haber pasado a lo mejor. Y añadió: "Porque deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor; pero permanecer en la carne es más necesario por causa de vosotros" (Filipenses 1, 23-24). Una cosa es mejor, otra es necesaria. Necesaria por el fruto de la obra, mejor por la gracia y la unión con Cristo.

CAPÍTULO III.

La muerte natural se define y se alaba. Asimismo, se explica la mortificación, que es una cierta imitación de la muerte, y se recomienda de manera similar por su múltiple utilidad. Al final, se propone una breve y elegante descripción de la vida.

8. Por lo tanto, ya que el Apóstol enseñó (Filipenses 1, 23-24) que quien haya escapado de este cuerpo, si lo merece, estará con Cristo, consideremos qué es la muerte y qué es la vida. Así, con la enseñanza de la Escritura, hemos conocido que la muerte es la liberación del alma y el cuerpo, y una cierta separación del hombre. Porque somos liberados de este vínculo del alma y el cuerpo cuando partimos. Por eso también David dice: "Rompiste mis cadenas, te ofreceré sacrificio de alabanza" (Salmo 115, 17). Las cadenas de esta vida, es decir, nuestra unión que consiste en alma y cuerpo, se enseña que se significan en el versículo anterior de este salmo: "Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos" (Salmo 115, 15). Y por eso, como profeta previendo que estaría con los santos, y con aquellos que por devoción

entregaron sus almas en Cristo, se alegra; porque él mismo se ofreció fielmente por el pueblo de Dios contra Goliat, cuando luchó en combate singular, y solo rechazó el peligro común y la culpa; o cuando se expuso dispuesto a la muerte para aplacar la ofensa del Señor; o cuando se ofreció preparado para la salvación del pueblo que sufría la divina venganza. Sabía que era más glorioso morir por Cristo que reinar en este mundo. ¿Qué hay más excelente que ser una ofrenda de Cristo? Así que, aunque leamos frecuentemente que ofreció sacrificios al Señor, en este lugar añadió: "Te ofreceré sacrificio de alabanza" (Salmo 115, 17). No sacrifico, dice, sino que sacrificaré, significando que ese sacrificio es perfecto cuando cada uno se presenta al Señor, liberado de las cadenas de este cuerpo, y se ofrece como sacrificio de alabanza; porque antes de la muerte no hay alabanza perfecta: ni nadie en esta vida puede ser proclamado con elogio definitivo, ya que su futuro es incierto. Por lo tanto, la muerte es la liberación del alma y el cuerpo. Finalmente, también en el Apóstol hemos leído: "Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor" (Filipenses 1, 23). Esta liberación, ¿qué otra cosa hace sino que el cuerpo se disuelva y descanse: y el alma se convierta en su descanso, y sea libre, que si es piadosa, estará con Cristo?

9. ¿Qué hacen, pues, los justos en esta vida, sino despojarse de las contaminaciones de este cuerpo, que nos atan como cadenas; y esforzarse por separarse de estas molestias, renunciar a sus placeres y a la lujuria, huir de las llamas de las pasiones? ¿No imita, pues, cada uno en esta vida una especie de muerte, quien puede comportarse de tal manera que todas las delectaciones del cuerpo mueran para él, y él mismo muera a todos los deseos y seducciones del mundo, como estaba muerto Pablo diciendo: "Para mí el mundo está crucificado, y yo para el mundo" (Gálatas 6, 14)? Finalmente, para que sepamos que hay muerte en esta vida, y buena muerte, nos exhorta (2 Corintios 4, 10) a llevar en nuestro cuerpo la muerte de Jesús. Porque quien tenga en sí la muerte de Jesús, también tendrá en su cuerpo la vida del Señor Jesús. Que opere, pues, la muerte en nosotros, para que opere también la vida (cf. San Agustín, libro IV contra dos epístolas pelagianas, c. 11). Buena vida después de la muerte, es decir, buena vida después de la victoria, buena vida con la lucha terminada; para que ya la ley de la carne no se oponga a la ley de la mente; para que ya no haya para nosotros ninguna contienda con el cuerpo de muerte, sino que haya en el cuerpo de muerte victoria. Y no sé si esta muerte es de mayor virtud que la vida. Ciertamente me conmueve la autoridad del Apóstol diciendo: "Así que la muerte actúa en nosotros, pero la vida en vosotros" (2 Corintios 4, 12). ¡La muerte de uno edificaba la vida de tantos pueblos! Por lo tanto, enseña que esta muerte también debe ser deseada por los que están en esta vida, para que la muerte de Cristo resplandezca en nuestro cuerpo, y aquella bienaventurada en la que se corrompe el hombre exterior, para que se renueve el interior, y nuestra casa terrenal se disuelva para que se nos abra la morada celestial. Por lo tanto, imita la muerte quien se aparta de la comunión de esta carne, y se libera de aquellas cadenas de las que el Señor te dice a través de Isaías: "Desata toda ligadura de iniquidad, deshace las ataduras de los tratos violentos, deja libres a los quebrantados en remisión, y rompe toda circunscripción iniqua" (Isaías 58, 6).

10. Imita también la muerte quien se despoja de los placeres, y se eleva y se levanta a las delectaciones eternas, y se coloca en aquella morada celestial, en la que Pablo, aunque aún vivía, se encontraba; de otro modo no diría: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20), lo cual puede referirse tanto a la presunción del mérito como a la meditación. Allí estaba su meditación, allí la conversación de su alma, allí su prudencia, que ciertamente no solía quedar atrapada dentro de las estrecheces de esta carne. Porque el sabio, cuando investiga lo divino, libera su alma del cuerpo, y aleja su compañía, cuando trata de aquella ciencia verdadera, que desea que se le muestre desnuda y abierta; y por eso busca despojarse de las redes y nieblas de este cuerpo. Porque no podemos comprender aquella

verdad suprema con estas manos o con los ojos y oídos; porque lo que se ve es temporal: pero lo que no se ve es eterno. Finalmente, a menudo nos engañamos con la vista, y vemos muchas cosas de manera diferente a como son. También nos engañamos con el oído; y por eso contemplemos no lo que se ve, sino lo que no se ve, si no queremos ser engañados. 394 Cuando, pues, nuestra alma no se engaña, cuando alcanza el trono de la verdad, sino cuando se separa de este cuerpo, y no es engañada ni burlada por él? Porque es engañada por la vista de los ojos, es engañada por el oído de los oídos; y por eso debe dejarlo y abandonarlo. De donde el Apóstol clama: "No toquéis, no gustéis, no manejeis todas las cosas que son para corrupción" (Colosenses 2, 21). Porque están en corrupción las cosas que están en la indulgencia del cuerpo. Y por eso, mostrando que no por la indulgencia del cuerpo, sino por la elevación del alma y la humildad del corazón encontró lo que es verdadero, añadió: "Nuestra ciudadanía está en los cielos". Allí, pues, busque lo que es verdadero, lo que es y permanece, y recoja y congregue toda la fuerza de su virtud; y no lo confíe ni lo crea a otros, sino que se conozca y entienda a sí mismo; y lo que le parezca verdadero, sepa que eso debe seguir; lo que considere que debe elegirse por deleite carnal, sepa que es falso, huya de ello y se aleje, porque está lleno de engaño.

11. Con razón, pues, despreció y deshonró este cuerpo, llamándolo cuerpo de muerte (Romanos 7, 24). ¿Quién pudo ver con los ojos el esplendor de la virtud? ¿Quién pudo comprender la justicia con las manos? ¿Quién pudo contemplar la sabiduría con la mirada de los ojos? Finalmente, cuando pensamos en algo, no queremos que nadie se nos acerque, ni que nadie nos interrumpa con sus palabras, y así nos concentramos en el alma, que a menudo no vemos lo que está presente. Además, en las noches pensamos más sinceramente, y entonces meditamos mejor en lo que nos mueve en el corazón. De donde también el Profeta dice: "Lo que decís en vuestros corazones, en vuestros lechos compungíos" (Salmo 4, 5). A menudo también algunos cierran los ojos, si quieren extraer algo profundo con el esfuerzo del pensamiento, evitando los impedimentos de los ojos. A menudo también buscamos la soledad, para que ninguna palabra susurre en nuestros oídos, y como un camino, el alma adherida a la meditación se aleje de la verdad, y se desvíe de la intención.

12. Muchas ocupaciones nos genera la necesidad de este cuerpo, y el uso nos trae, con las cuales se impide el vigor del alma, y se revoca la intención. De donde dice bellamente el santo Job: "Recuerda que me formaste de barro" (Job 10, 9). Si, pues, el cuerpo es barro, ciertamente nos ensucia, no nos limpia, y mancha el alma con la contaminación de la intemperancia. "Me vestiste de piel y carne, me entretejiste con huesos y nervios" (Job 10, 11). Así, nuestra alma está atada y extendida por los nervios de este cuerpo, y por eso a veces se endurece, a menudo se curva. Y añadió: "No me has hecho inocente de iniquidad. Si soy impío, ¡ay de mí! Si soy justo, no podré reclinarme. Porque estoy lleno de confusión. Has traído sobre mí tentaciones" (Job 10, 14 y siguientes). ¿Qué es esta vida sino llena de trampas? Caminamos entre trampas, nos movemos entre muchas tentaciones. Finalmente, el mismo dice arriba: "¿No es una tentación la vida del hombre en la tierra?" (Job 7, 1). Bien añadió en la tierra, porque hay vida del hombre también en el cielo, "Como el jornalero, dice, su salario es su vida" (Job 7, 1), en trabajo y calor, más ligera que las fábulas, y flotante, y nadando en palabras: cuya habitación está en casas de barro, y su vida misma en el barro. Ninguna firmeza de sentencia, ninguna constancia. En el día se desea la noche, en la noche se busca el día: antes de la comida, gemidos, entre los alimentos, llanto, lágrimas, dolores, temores, preocupaciones, ninguna paz de las perturbaciones, ninguna reclinación de los trabajos, movimientos de ira e indignación más horribles. Muchos desean la muerte, y no la obtienen: si la obtienen, se alegran; porque solo la muerte es descanso para el hombre.

CAPÍTULO IV.

La muerte es buena por muchos nombres: pero sobre todo porque es el fin del pecado, y el paso a una vida mejor; y porque ella misma nos redimió.

13. Pero alguien dirá que está escrito (Sab. I, 13) que Dios no hizo la muerte: la vida estaba en el paraíso, donde estaba el árbol de la vida (Gén. II, 9), y la vida era la luz de los hombres. La muerte, por tanto, es un mal que se acercó y se introdujo. Pero, ¿cómo puede ser la muerte un mal, si según los gentiles carece de sentido, o según el Apóstol (Filip. I, 21) es ganancia estar con Cristo, con quien es mucho mejor estar? ¿Cómo, entonces, es la muerte un mal para nosotros, si no hay sentido después de la muerte? Donde no hay sentido, ciertamente no hay dolor de injuria, porque el dolor es sentido. O porque hay sentido después de la muerte, también hay vida después de la muerte, y el alma que usa el sentido y vive sobrevive a la muerte. Pero cuando la vida y el alma permanecen después de la muerte, el bien permanece, no se pierde con la muerte, sino que se aumenta: el alma no se retrasa por ningún impedimento de la muerte, sino que opera más, porque opera lo que es suyo, sin ninguna sociedad del cuerpo, que es más una carga que una utilidad para el alma. ¿Qué mal hay, entonces, para el alma que ha guardado su pureza y ha mantenido la disciplina de las virtudes? O si no la ha mantenido, no es la muerte el mal, sino la vida; porque no fue vida. ¿Qué es la vida cubierta de vicios y pecados? ¿Por qué, entonces, acusamos a la muerte, que o bien paga el precio de la vida, o bien abole su dolor y tormento? Así, la muerte o bien disfruta del bien de su descanso, o bien trabaja por el mal ajeno.

14. Ahora observa esto: si la vida es una carga, la muerte es una liberación; si la vida es un castigo, la muerte es un remedio; o si hay juicio después de la muerte, también hay vida después de la muerte. Por tanto, la vida aquí no es buena: o si la vida aquí es buena, ¿cómo no es buena la muerte allí, cuando allí no queda ningún temor del juicio terrible? Pero si esta vida aquí es buena, ¿en qué cosas es buena? Ciertamente en la virtud y en las buenas costumbres. No es buena, entonces, según la unión del alma y el cuerpo, sino porque a través de la virtud rechaza lo que es malo suyo; y adquiere lo que es bueno de la muerte; para que opere más lo que es del alma que lo que es de la compañía y unión. Si la vida es buena, que es el espejo del alma que se separa del cuerpo, y si el alma es buena que se eleva y se aparta de la compañía del cuerpo; también la muerte es ciertamente un bien, que libera y absuelve al alma de la sociedad de esta carne.

15. Por tanto, de todas maneras la muerte es un bien; porque divide lo que está en conflicto, para que no se ataquen mutuamente; y porque es un puerto para aquellos que, sacudidos por el gran oleaje de esta vida, buscan un refugio de descanso seguro; y porque no hace peor el estado: sino que tal como encuentra a cada uno, así lo reserva para el juicio futuro, y lo cuida con el mismo descanso, y lo sustrae de la envidia presente, y lo compone con la expectativa de lo futuro. Se añade a esto que los hombres temen la muerte en vano, como si fuera el fin de la naturaleza. Pues si recordamos que Dios no hizo la muerte: sino que después de que el hombre cayó en el delito de la transgresión y el fraude, la sentencia lo alcanzó para que regresara a su tierra, encontraremos que la muerte es el fin del pecado (Gén. III, 19); para que no fuera la vida más larga, y así la culpa más numerosa. Por tanto, el Señor permitió que la muerte se introdujera, para que cesara la culpa. Pero para que no fuera nuevamente el fin de la naturaleza en la muerte, se dio la resurrección de los muertos; para que a través de la muerte cesara la culpa, pero a través de la resurrección se perpetuara la naturaleza. Por eso, esta muerte es el tránsito de todos. Es necesario que pases con constancia. El tránsito es de la corrupción a la incorruptibilidad, de la mortalidad a la inmortalidad, de la perturbación a la tranquilidad. No te ofenda, por tanto, el nombre de la muerte, sino que te deleiten los

beneficios del buen tránsito. ¿Qué es la muerte, sino el entierro de los vicios, la resurrección de las virtudes? De donde también aquel dijo: Muera mi alma con las almas de los justos (Núm. XXIII, 10), es decir, que sea sepultada, para que deposite sus vicios, asuma la gracia de los justos que llevan la mortificación de Cristo en su cuerpo y alma. La mortificación de Cristo es la remisión de los pecados, la abolición de los crímenes, el olvido del error, la asunción de las gracias. ¿Qué más pleno podemos decir sobre el bien de la muerte, que la muerte es la que redimió al mundo?

CAPÍTULO V.

Exhorta al desprecio de la muerte, y a imitar su uso, es decir, la mortificación, en esta vida. Luego explica cómo el alma se eleva a la semejanza de Dios, de quien es pintada y custodiada. Después discute sobre el jardín de la mente, y los frutos con los que se alimenta el Verbo.

16. Pero hablemos de la muerte común a todos. ¿Por qué temerla, si no suele dañar al alma? Pues está escrito: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mat. X, 28). A través de esta muerte, el alma es liberada, mientras se separa de la compañía del cuerpo, y se despoja de los envoltorios de la perturbación. Por eso, mientras estamos en el cuerpo, imitando el uso de la muerte, elevemos nuestra alma desde el lecho de esta carne, y como si nos levantáramos de este sepulcro. Apartémonos del vínculo del cuerpo, dejemos todo lo que es terrenal; para que cuando venga el adversario, no encuentre nada suyo en nosotros. Contendamos hacia lo eterno, volemos hacia lo divino con las alas del amor y el remo de la caridad. Levantémonos de aquí, es decir, de lo secular y mundano. Pues el Señor dijo: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31), ordenando que cada uno se levante de lo terrenal, eleve su alma que yace en el suelo, la levante hacia lo alto, despierte su águila, y aquella águila de la que se dijo: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5). Esto se dijo al alma. Por tanto, nuestra alma como el águila busque lo alto, vuele sobre las nubes, resplandezca con sus renovadas plumas, lleve su vuelo al cielo, donde no pueda caer en trampas. Pues el ave que desciende de lo alto, o que no puede elevarse a lo alto, frecuentemente es capturada por trampas, o engañada por liga, o atrapada por cualquier insidia. Así también nuestra alma debe evitar descender a estas cosas mundanas. Hay trampa en el oro, liga en la plata, atadura en la propiedad, clavo en el amor. Buscamos el oro de Dios, y somos estrangulados: mientras buscamos la plata, quedamos atrapados en su liga: mientras invadimos la propiedad, somos atados. ¿Por qué buscamos una ganancia vana con detrimento de un alma preciosa? Todo el mundo es pequeño para ti en comparación con la pérdida de un alma. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si sufre la pérdida de su alma? ¿O qué intercambio darás por tu alma? No se redime con oro, no con plata, más bien se pierde con oro. Incluso la belleza de una mujer, cuando es tentada, ata. El clavo es la lujuria, el clavo es la tristeza, el clavo es la ira, todos los clavos son pasiones, que como una lanza penetran nuestra alma, y la fijan al cuerpo, y la unen a sus entrañas.

17. Por tanto, huyamos de estos males, y elevemos nuestra alma a aquella imagen y semejanza de Dios. La huida de los males es la semejanza de Dios, y la imagen de Dios se adquiere con las virtudes. Por eso, quien nos pintó como autor, nos pintó con los colores de las virtudes: He aquí, dice a Jerusalén, he pintado tus muros (Isa. XLIX, 16). No borremos con el pincel de la negligencia los firmamentos murales pintados de nuestra alma. Por eso dijo: He pintado muros, con los que podamos alejar al enemigo.

18. El alma tiene sus muros, desde los cuales se eleva, y de los cuales dice: Yo soy ciudad fortificada, yo soy ciudad sitiada (Isa. XXVII, 3). Con estos muros se fortifica, con estos

sitiada se defiende. Y verdaderamente el alma es un muro, que se extiende en los campamentos. Por eso también ella dice en el Cantar de los Cantares: Yo soy un muro, mis pechos como torres (Cant. VIII, 10). Buen muro el que pintó el Señor, como él mismo dice: En mis manos he pintado tus muros, y estás siempre ante mí (Isa. XLIX, 16). Buena alma la que tiene a Dios como vigilante, y está en sus manos, como el alma profética, que se encomienda al Señor como espíritu (Sal. XXX, 6), y que está ante Dios; pues los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16), como él mismo dice: Yo estaba en sus ojos como quien encuentra paz (Cant. VIII, 10). Buenas torres tiene quien tiene tanto la palabra de lo inteligible, como la disciplina de lo moral. Por eso, esta alma que tiene la gracia de sus pechos entra en los jardines, y encontrando allí al esposo sentado y discutiendo con los amigos dice: Tú que habitas en los jardines, hazme oír tu voz (Cant. VIII, 13 y 14). A mí, dice, no a los amigos. Huye, hermano mío. Exhorta al esposo a huir, porque ya puede seguirlo incluso ella misma huyendo de lo terrenal. Dice que sea como un cervatillo, que escapa de las redes. Pues ella misma también quiere huir y volar sobre el mundo.

19. De aquí Platón compuso aquel jardín para sí mismo, que en un lugar llamó jardín de Júpiter, en otro lugar jardín de la mente. Pues llamó a Júpiter tanto dios como mente de todo el mundo. En este entró el alma, a la que llamó Venus, para llenarse de la abundancia y riquezas de este jardín, en el cual, lleno de bebida, yacía el poro, que derramaba néctar. Esto, por tanto, lo compuso del libro del Cantar de los Cantares, porque el alma adherida a Dios había entrado en el jardín de la mente, en el cual había abundancia de diversas virtudes, y flores de discursos. ¿Quién ignora que de aquel paraíso, que leemos en Génesis que tenía el árbol de la vida, y el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. II, 8), y los demás árboles, pensó que debía transferirse la abundancia de virtudes, y ser plantada en el jardín de la mente? Que en el Cantar de los Cantares Salomón significó como el jardín del alma, o el mismo alma. Pues así está escrito: Jardín cerrado, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada, tus brotes son un paraíso (Cant. IV, 12 y 13). Y más adelante dice el alma: Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla en mi jardín, y fluyan mis ungüentos. Descienda mi hermano a su jardín. ¡Cuánto más hermoso es que el alma adornada con las flores de las virtudes sea un jardín, o tenga en sí un paraíso germinante (Cant. IV, 16)! En cuyo jardín invita al Verbo de Dios a descender, para que aquella alma, regada por la lluvia celestial del Verbo, y sus abundancias, fructifique. Pero el Verbo de Dios se alimenta de las virtudes del alma, siempre que la encuentre obediente y fértil, y toma sus frutos, y se deleita con ellos. Cuando el Verbo de Dios descende en ella, fluyen de ella ungüentos saludables de palabras, y fragancias de diversas gracias que se extienden lejos y ampliamente.

20. Por eso dice el esposo (el esposo es el Verbo de Dios al que el alma se une en un cierto legítimo vínculo de matrimonio): He entrado en mi jardín, hermana mía, esposa, he cosechado mi mirra con mis ungüentos, he comido mi pan con mi miel, he bebido mi vino con mi leche. Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, hermanos míos. Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 1 y 2). Reconozcamos qué frutos y alimentos deleitan a Dios, con qué se deleita. Se deleita si alguien mortifica su pecado, borra su culpa, sepulta y destruye sus iniquidades. Pues la mirra es la sepultura de los muertos. Los pecados muertos son, que no pueden tener la suavidad de la vida. Pero son ungidos con los ungüentos del divino discurso, y con el alimento más fuerte del verbo como pan, y ciertas heridas de los delitos son curadas con el discurso más dulce como miel. Salomón enseña que los discursos son alimentos también en otro lugar diciendo: Los favos de miel son buenos discursos (Prov. XVI, 24). En aquel jardín, por tanto, hay buenos discursos, uno que reprime la culpa, otro que corrige la iniquidad, otro que hace morir la insolencia, y como que la sepulta, cuando alguien corregido renuncia a sus errores. También hay un discurso más fuerte que confirma el corazón del

hombre con los más fuertes alimentos de la Escritura celestial. También hay un discurso persuasivo, dulce como la miel, y sin embargo, que en la misma suavidad hiere la conciencia del pecador. También hay un discurso de espíritu más ferviente, que embriaga como el vino, y alegra el corazón del hombre. También hay un discurso lechoso, puro y blanco. Estos alimentos de discursos dulces y útiles el esposo dice que deben ser comidos por sus amigos: Comed, amigos míos, y bebed y embriagaos, hermanos míos (Cant. V, 1). Los amigos son los que lo siguen, y asisten a sus bodas. Con este alimento y bebida, el alma llena (pues cada uno bebe agua de sus vasijas, y de los manantiales de sus pozos) y embriagada, dormía para el mundo, velaba para Dios. Y por eso, como enseñan las partes posteriores, el Verbo de Dios pedía que se le abriera la puerta, para llenarla con su entrada.

21. De aquí, por tanto, aquellos comensales platónicos, de aquí aquel néctar de vino y miel profético, de aquí aquel sueño fue trasladado, de aquí aquella vida perpetua, que dijo que sus dioses disfrutaban, porque Cristo es vida. Por eso, el vientre de su alma fue llenado con las semillas de tales discursos, y ella misma salió en el Verbo. Pero cuando el alma sale de este servicio, y se eleva del cuerpo, sigue al Verbo.

CAPÍTULO VI.

Aquí todo está lleno de trampas de los principados aéreos y potestades del mundo. ¿Cómo evitarlos? ¿Cuál es el camino a seguir?

22. Pero hay principados aéreos, y potestades del mundo, que buscan derribar nuestras almas como de un muro, o impedirnos caminar rectamente, o deponer a los que tienden a lo alto, y devolverlos a lo terrenal. Pero nosotros elevemos mucho más nuestra mente a lo sublime, siguiendo al Verbo de Dios. Esos principados ofrecen cosas mundanas, con las que inclinar tu mente: entonces, más bien, dirige tus pasos hacia Cristo, alma. Infunden el deseo de oro, plata, la posesión vecina; para que con el fin de adquirirla, te excuses de la cena de aquel que te invitó a las bodas del Verbo; tú cuida de no excusarte, sino vístete con la vestidura nupcial, y disfruta del banquete del rico; no sea que el rico que te había invitado, cuando te excuses, mientras estás ocupado en cosas mundanas, invite a otros, y tú seas excluido. También infunden el deseo de honor las potestades del mundo; para que te exaltes como Adán, y mientras deseas igualar a Dios en semejanza de poder, desprecies los preceptos divinos, y comiences a perder lo que tenías. Pues al que no tiene, incluso lo que tiene le será quitado.

23. Cuántas veces en la oración, en la que más nos acercamos a Dios, se nos presentan cosas llenas de alguna afrenta o crimen, para apartarnos del estudio de la oración. Cuántas veces el enemigo intenta insertar en nuestro corazón, para desviarnos del propósito de santidad y de los votos piadosos. Cuántas veces inflama ardores corporales. Cuántas veces hace que se crucen ojos de meretriz, para tentar el casto afecto del justo, para que con un dardo de amor imprevisto hiera al desprevenido. Cuántas veces inserta en tu mente una palabra iniqua, y pensamientos ocultos del corazón. De lo cual te dice la ley: Cuidate de que no haya en tu corazón una palabra iniqua oculta (Deut. XV, 9), y te diga el Señor: ¿Por qué piensas mal en tu corazón? No sea que cuando abundes en oro y plata, y en los ricos frutos de los campos, o en honores, digas: Mi virtud me ha dado esto; y te olvides del Señor tu Dios (Deut. VIII, 12 y ss.).

24. Por tanto, con estas cosas el alma que desea volar es derribada. Pero tú lucha como buen soldado de Cristo Jesús, y despreciando lo inferior, olvidando lo terrenal, contiende hacia lo celestial y eterno. Eleva tu alma, para que no la seduzca el cebo de las trampas. Los placeres del mundo son ciertos cebos; y lo que es peor, cebos de males, cebos de tentaciones. Mientras

buscas el placer, caes en trampas. Pues el ojo de la meretriz es la trampa del amante. Por tanto, el ojo de la meretriz es una trampa. También es una trampa la palabra de la meretriz, que endulza temporalmente tu garganta, y luego la amarga con la amargura de la conciencia pecadora. También es una trampa la posesión ajena llena de amenidad. Todo el camino de esta vida está lleno de trampas. Por eso el justo dice: En este camino en el que andaba, escondieron trampas para mí (Sal. CXLI, 4). En el camino, dice, en este escondieron; por eso tú camina por aquel camino que dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6); para que digas: Mi alma la convirtió, me condujo por sendas de justicia por su nombre (Sal. XXII, 3).

25. Por tanto, que este mundo muera para nosotros, que muera para nosotros la sabiduría de esta carne, que es enemiga de Dios. Subyuguemos nuestra alma solo a Cristo, para que cada uno diga: ¿No está mi alma sujeta a Dios? (Sal. LXI, 2). No está sujeta al mundo, no está sujeta al mundo, dice. No puede decir esto el rico, no puede decirlo el avaro: pero lo dice el justo y el continente. Pero el avaro dice: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate (Luc. XII, 19); porque el alma del avaro está sujeta a la lujuria corporal: pero el alma del justo usa el cuerpo como instrumento o órgano, que como un hábil artífice lo lleva a donde quiere la obediencia del cuerpo, y de él forma la figura que elige, y hace resonar en él las virtudes que desea, componiendo ahora los módulos de la castidad, ahora los módulos de la templanza, el canto de la sobriedad, la dulzura de la integridad, la suavidad de la virginidad, la gravedad de la viudez. Sin embargo, a veces el modulador compadece a su órgano. Y por eso modula cosas honestas, para que haya una compasión honesta. Pues también el que ve, viendo a menudo, y el que oye oyendo, se afecta. Y por eso dice la Escritura: Que tus ojos vean lo recto (Prov. IV, 25). Y dentro: No seas mucho para lo ajeno. No mires a los ojos de la joven. No mires a las palabras de la meretriz (Prov. V, 20 y ss.).

CAPÍTULO VII.

También hay trampas que nos rodean en el cuerpo: este debe ser gobernado por el alma, que sin embargo a veces compadece a él. Además, la vida abunda en tantas molestias, que debe ser odiada, y la muerte es amarga solo para los impíos, para quienes sin embargo la vida debe ser más amarga. Por tanto, la muerte no es un mal.

26. ¿Y por qué hablar de trampas externas? Debemos evitar nuestras propias trampas. En este mismo cuerpo nuestro, estamos rodeados de trampas que debemos evitar. No confiemos en este cuerpo, no mezclemos nuestra alma con él. "Con un amigo", dice, "mezcla tu alma, no con un enemigo" (Ecli. VI, 1). Tu cuerpo es enemigo tuyo, ya que se opone a tu mente, cuyas obras son enemistades, disensiones, disputas y perturbaciones. No mezcles tu alma con él, para no confundir ambas. Pues si se mezclan, entonces la carne, que es inferior, se vuelve mejor que el alma, que es superior; porque el alma da vida al cuerpo, pero la carne transmite muerte al alma. Así se confunden las acciones de ambos, casi se confunde la misma sustancia de ambos. Por lo tanto, el alma asume en sí la insensibilidad del cuerpo muerto, y el cuerpo realiza todas las virtudes del alma. Y para que no se piense que el alma se confunde al ser infundida en el cuerpo, tomemos como ejemplo la gracia de esta luz. Pues la luz también se infunde en un lugar terrenal, pero no se confunde. No debe haber, por tanto, confusión en la acción de aquellos cuya sustancia es diferente: sino que el alma debe estar en el cuerpo para vivificarlo, gobernarlo e iluminarlo.

27. Sin embargo, no podemos negar que el alma sufre con su cuerpo; pues también se entristece. Jesús dijo: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mat. XXVI, 38), expresando en sí el sentimiento humano. Y en otro lugar: "Mi alma está muy turbada" (Sal. VI, 4). Pues también el músico se compadece de sus melodías, ya sea de la flauta, la cítara o el órgano, con su voz, gesto y sentimiento. En los sonidos tristes, se entristece más; en los alegres, se alegra más; en los más agudos, se excita más; en los más suaves, se vuelve más suave y apacible; de modo que él mismo recomienda los sonidos de los cantos y, de alguna manera, modula el sentimiento. El alma, en este cuerpo, como en cuerdas musicales, aunque sobria, toca con los dedos, por así decirlo, los sonidos de los nervios, así las pasiones de esta carne, para que produzca un acorde de costumbres y virtudes, un concierto armonioso; para que en todos sus pensamientos, en todas sus obras, mantenga esto, que todos sus consejos y hechos concuerden consigo misma. El alma, por tanto, es la que usa, el cuerpo es lo que se usa; y por lo tanto, una cosa está en el mando, otra en el servicio: una cosa es lo que somos, otra lo que nos pertenece. Si alguien ama la belleza del alma, nos ama a nosotros: si alguien ama la belleza del cuerpo, no ama al hombre mismo, sino la belleza de la carne, que pronto se marchita y desvanece.

28. Por eso, presta atención a aquel de quien el Profeta dice: "El que no ha recibido su alma en vano" (Sal. XXIII, 4). Recibe su alma en vano (para hablar ya de las molestias de esta vida) quien construye cosas mundanas, edifica cosas corporales. Nos levantamos cada día para comer y beber, y nadie se sacia, para no tener hambre y sed después de un momento. Buscamos ganancias cada día, y no se pone límite a la codicia. "El ojo no se saciará de ver, ni el oído de oír" (Ecl. I, 8). El que ama el dinero no se saciará de dinero. No hay fin al trabajo, y no hay fruto de la abundancia. Deseamos saber cosas nuevas cada día; y ¿qué es el conocimiento mismo, sino una adición al dolor diario? Todo lo que es ya ha sido, y no hay nada nuevo bajo el sol, sino que todo es vanidad. "Odié toda mi vida" (Ecl. II, 17), dijo el Eclesiastés. Quien odió la vida, ciertamente predicó la muerte. Finalmente, alabó a los muertos más que a los vivos (Ecl. IV, 2); y juzgó bienaventurado a aquel que no vino a esta vida, ni asumió este trabajo vano. "Mi corazón se volvió", dice, "para conocer la alegría del impío, y considerar, y buscar la sabiduría, y el número, y para conocer por el poder la alegría, y la molestia, y la vanidad; y la encontré más amarga que la muerte" (Ecl. VI, 26): no porque la muerte sea amarga, sino porque es amarga para el impío; y sin embargo, la vida es más amarga que la muerte. Pues es más grave vivir en pecado que morir en pecado; porque el impío, mientras vive, aumenta el pecado: si muere, deja de pecar.

29. Muchos se alegran de la absolución de sus crímenes. Si van a enmendarse, está bien: si van a perseverar en ellos, es necio; porque la condenación les habría sido más útil, para que no aumentaran sus pecados. De lo cual es sublime la sentencia del Apóstol que dice que no solo son dignos de muerte los que cometen actos vergonzosos, sino también los que los aprueban (Rom. I, 32): y también aquellos que condenan en otros lo que ellos mismos hacen, son considerados inexcusables, para que sean condenados por su propia sentencia (Rom. II, 1). Pues al condenar a otros, se condenan a sí mismos. No deben halagarse porque parecen inmunes a las penas por un tiempo, y libres de culpa; pues sufren penas más graves dentro de sí mismos, y son culpables ante sí mismos, aunque no lo parezcan ante otros; y se infligen una sentencia de conciencia más grave cuando juzgan los pecados de otros. Pero no desprecies, dice (Ibid., 4), hombre, los tesoros de la bondad y paciencia divina; pues la bondad de Dios te llama al arrepentimiento, te invita a la corrección: pero tu dureza, con la que perseveras en el error, aumenta la severidad del juicio futuro, para que recibas la retribución digna de tus delitos.

30. Por lo tanto, la muerte no es un mal. Pues ni entre los vivos está la muerte, ni entre los difuntos: entre unos no está, porque aún viven, otros han pasado. Así que no es amarga para aquellos que aún no la conocen, precisamente porque no la conocen; ni para aquellos que ya no sienten nada según el cuerpo, y están liberados según el alma.

CAPÍTULO VIII.

La muerte en sí misma no tiene terror, sino que la opinión sobre la muerte es lo que causa terror; esta opinión debe referirse a la vida. Hay dos razones por las que la muerte se considera terrible, las cuales son refutadas, y la muerte es proclamada por varios testimonios, pero especialmente por la autoridad del Beato Job.

31. Si se considera terrible entre los vivos, no es la muerte misma la que es terrible, sino la opinión sobre la muerte, que cada uno interpreta según su propio afecto, o la teme según su conciencia. Por lo tanto, cada uno debe acusar la herida de su propia conciencia, no la amargura de la muerte. De hecho, para los justos, la muerte es un puerto de descanso, para los culpables se considera un naufragio. Ciertamente, para aquellos a quienes el temor a la muerte es grave, no es grave morir, sino vivir bajo el miedo a la muerte. Por lo tanto, no es la muerte lo que es grave, sino el miedo a la muerte. Pero el miedo es una cuestión de opinión: la opinión es de nuestra debilidad, contraria a la verdad. Pues por la verdad viene la virtud, por la opinión la debilidad. La opinión, sin embargo, no es ciertamente de la muerte, sino de la vida. Por lo tanto, se encuentra que lo grave es más bien de la vida. Está claro, por tanto, que el miedo a la muerte no debe referirse a la muerte, sino a la vida. No tenemos nada que temer en la muerte, si nuestra vida no ha cometido nada que deba temerse. De hecho, para los prudentes, los castigos de los delitos son un terror: pero los delitos no son actos de los muertos, sino de los vivos. Por lo tanto, la vida se refiere a nosotros, cuyos actos están en nuestro poder: la muerte no tiene nada que ver con nosotros; es la separación del alma y el cuerpo: el alma es absuelta, el cuerpo se disuelve. Lo que es absuelto, se regocija: lo que se disuelve en su tierra, no siente nada: lo que no siente nada, no tiene nada que ver con nosotros.

32. Sin embargo, si la muerte es un mal, ¿cómo es que los jóvenes no temen convertirse en ancianos, ni temen la edad cercana a la muerte; y quien muere con la muerte prevista lo hace con más paciencia que quien muere inesperadamente? A aquellos que consideran la muerte un mal, creo que es una respuesta adecuada que a través de la vida se pasa a la muerte: pero a través de la muerte se regresa a la vida. Pues no pueden resucitar sino aquellos que han muerto. Sin embargo, los insensatos temen la muerte como el mayor de los males: los sabios la buscan como un descanso después de los trabajos y el fin de los males.

33. Los insensatos temen la muerte por dos razones. Una, porque la llaman destrucción: pero no puede haber destrucción del hombre, ya que el alma sobrevive al cuerpo, y el cuerpo mismo permanece para la resurrección. La otra razón es que temen los castigos, aterrorizados por las fábulas de los poetas, los ladridos de Cerbero, el triste abismo del río Cocito, Caronte más triste, las huestes de las Furias, o el tártaro abrupto, donde la más feroz Hydra tiene su asiento. También las entrañas de Ticio, fecundas para los castigos renovados, que un buitro inmenso devora sin fin. También la perpetua vertiginosa rotación de la rueda de Ixión bajo la atrocidad del castigo, y la ruina inminente de la roca que pende sobre las cabezas de los que yacen en banquetes. Estas cosas están llenas de fábulas, pero no niego que haya castigos después de la muerte. Pero, ¿qué tiene que ver con la muerte lo que es después de la muerte? Si lo que es después de la muerte se refiere a la muerte, también lo que es después de la vida se refiere a la vida. Por lo tanto, no habrá castigos que se refieran a la muerte. Pues la muerte,

como dijimos antes (cap. 4), es la absolución y separación del alma y el cuerpo: pero la disolución no es mala; porque disolverse y estar con Cristo es mucho mejor (Filip. I, 23). Por lo tanto, la muerte no es mala. Finalmente, la muerte de los pecadores es la peor. No es ciertamente la muerte en general la peor: sino la peor especialmente para los pecadores (Sal. XXXIII, 22). Finalmente, es preciosa para los justos. Por lo tanto, está claro que la amargura no es de la muerte, sino de la culpa (Sal. CXV, 15).

34. Además, los griegos llamaron a la muerte por su fin de manera hermosa; pues llaman a la muerte *τελευτήν*, porque es el fin de esta vida. Pero también la Escritura llama a la muerte sueño, como en: "Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy a despertarlo" (Juan XI, 11). El sueño es bueno, ya que es descanso, como está escrito: "Yo dormí, y descansé, y me levanté; porque el Señor me sostuvo" (Sal. III, 6). Por lo tanto, el descanso de la muerte es dulce. Finalmente, el Señor despierta a los que descansan, porque el Señor es la resurrección.

35. También es notable lo que dice la Escritura: "Antes de la muerte no alabes a nadie" (Ecli. XI, 30). Pues cada uno es conocido en sus últimos momentos, y se le estima en sus hijos, si bien instruyó a sus hijos y los educó con disciplinas adecuadas. Pues la disolución de los hijos se refiere a la negligencia del padre. Además, porque cada uno, mientras vive, está sujeto a caer, y la vejez no está libre de crimen; por eso lees que "Abraham murió en buena vejez" (Gen. XXV, 8), porque permaneció en la bondad de su propósito. Por lo tanto, la muerte es un testimonio de la vida. Pues si no se puede alabar al piloto antes de que haya llevado la nave al puerto, ¿cómo alabarás al hombre antes de que haya llegado al puerto de la muerte? Él mismo es su piloto, y él mismo es arrojado en el profundo de esta vida, mientras esté en este mar, mientras esté entre naufragios. El líder no toma la corona antes de que la batalla haya terminado, ni el soldado deponer las armas, ni recibe la recompensa del salario, a menos que haya vencido al enemigo. Por lo tanto, la muerte es la plenitud de las recompensas, la suma de la recompensa, la gracia de la liberación.

36. Cuánto valor dio el santo Job a la muerte, que dijo: "La bendición del que va a morir venga sobre mí" (Job XXIX, 13). Pues aunque Isaac bendijo a sus hijos al morir, y Jacob bendijo a los Patriarcas, sin embargo, la gracia de esa bendición podría atribuirse solo a los méritos de los que bendicen, o a la piedad paterna. Aquí, sin embargo, no hay prerrogativa de méritos, ni de piedad, sino solo el privilegio de la muerte: cuando la bendición de cualquiera que va a morir tiene tanto poder, que el santo Profeta la deseó para sí mismo. Por lo tanto, pensemos siempre en este versículo, y mantengámoslo en el corazón.

37. Si vemos a un pobre que va a morir, ayudémoslo con gastos; y que cada uno de nosotros diga: "La bendición del que va a morir venga sobre mí". Si vemos a alguien débil, no lo abandonemos: si vemos a alguien en sus últimos momentos, no lo dejemos: que también podamos decir: "La bendición del que va a morir venga sobre mí". Que te alabe cada uno que va a morir, cada uno que ha sido liberado de la vida, cada uno que ha sido consumido por una herida grave, cada uno que ha sido consumido por una enfermedad y ya está cerca de la muerte. ¡Cuántos han sido bendecidos por este versículo! ¡Cuántas veces me ha avergonzado si he pasado por alto a alguien que va a morir, si no he visitado a un enfermo grave, si he despreciado a un pobre, si no he rescatado a un cautivo, si he despreciado a un anciano! Que esté siempre en el corazón, para estimular a los más duros, para advertir a los más dispuestos. Que las últimas palabras del que va a morir resuenen en ti, y que la bendición de tu alma al salir del cuerpo la lleve consigo. Rescata también a aquel que es llevado a la muerte, que estaba a punto de perecer, si no hubieras acudido en su ayuda, para que puedas decir: "La bendición del que va a perecer venga sobre mí".

CAPÍTULO IX.

Se concluye el bien de la muerte a partir de la destrucción del cuerpo y la inmortalidad del alma: esta inmortalidad se muestra de muchas maneras. A esto se añade una exhortación para evitar la asociación con el cuerpo y buscar la unión con el sumo bien.

38. ¿Quién, por tanto, duda del bien de la muerte, cuando aquello que es inquieto, aquello que es vergonzoso, aquello que es enemigo nuestro, aquello que es violento, aquello que es tormentoso, y seductor para todos los vicios, descansa y yace, y como una fiera es encerrado en la jaula del sepulcro, su rabia queda abandonada sin vida, y la estructura muerta de sus entrañas se disuelve en la tierra: pero aquello que es familiar a las virtudes, amigo de las disciplinas, deseoso de gloria, seguidor del bien, está sujeto a Dios, vuela hacia lo sublime; y permanece con ese bien puro, perpetuo e inmortal, se adhiere a él; y está con aquel de quien toma su linaje, como dice alguien: "De quien somos linaje" (Hechos XVII, 28)? Pues no es evidente que el alma muera con el cuerpo, porque no es del cuerpo. Pero que no es del cuerpo, la Escritura lo enseña de muchas maneras. Pues Adán recibió de nuestro Señor Dios el espíritu de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente (Gen. II, 7). Y David dice: "Vuelve, alma mía, a tu descanso; porque el Señor me ha hecho bien" (Sal. CXIV, 7). Y escucha en qué le ha hecho bien: "Porque ha librado", dice, "mis pies de caer" (Ibid., 8). Ves que se regocija por el remedio de esta muerte, porque se ha puesto fin al error, porque la culpa, no la naturaleza, ha cesado.

39. Finalmente, como despojado y libre, dice: "Agradaré al Señor en la tierra de los vivos" (Ibid., 9). Pues esa es la tierra de los vivos. Finalmente, llama a ese descanso de las almas la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13), donde no penetran los pecados, donde vive la gloria de las virtudes. Pero esta región está llena de muertos, porque está llena de delitos, y con razón se dijo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mat. VIII, 22). Pero también arriba dice de manera similar: "Su alma morará en el bien, y su descendencia heredará la tierra" (Sal. XXIV, 13), es decir, el alma del que teme a Dios habitará en el bien, para que siempre esté en él, y según él. Lo cual también puede aplicarse a quien está en el cuerpo; para que también él, si teme a Dios, habite en el bien, y esté en las cosas celestiales, y posea su cuerpo, y lo domine como si estuviera reducido a servidumbre, y posea la herencia de la gloria y de las promesas celestiales.

40. Por lo tanto, si queremos estar en el bien después de la muerte de este cuerpo, cuidemos de que nuestra alma no se adhiera a este cuerpo, no se mezcle, no se una, no sea arrastrada por el cuerpo, y como embriagada por sus perturbaciones, vacile y flote, ni se confíe a él y a sus deleites, para que no se entregue a sus sentidos. Pues su ojo es error y engaño, porque la vista es engañada: y su oído es engaño, porque el oído es engañado: y su sabor es engaño. Por lo tanto, no se dijo en vano: "Que tus ojos vean lo recto" (Prov. XIV, 25). Y: "Que tu lengua no hable perversidades" (Sal. XXXIII, 14). Lo cual no se habría dicho si no erraran frecuentemente. Viste a una prostituta, fuiste cautivado por su rostro, y la consideraste hermosa en forma: tus ojos erraron, vieron lo perverso, informaron otra cosa. Pues si hubieran visto verdaderamente, habrían visto el afecto deforme de la prostituta, su procacidad repugnante, su indecencia impúdica, sus marchitas lujurias, su repugnante suciedad, las heridas del alma, las cicatrices de la conciencia. "El que mira", dice, "a una mujer para codiciarla" (Mat. V, 28). Ves que este buscó lo falso, quien no buscó la verdad, sino el adulterio. Pues buscó ver para codiciar, no para conocer la verdad. Por lo tanto, el ojo yerra donde yerra el afecto. El afecto, por tanto, es engaño, el engaño de la vista. Y por eso se te dice: "No te dejes atrapar por tus ojos" (Prov. VI, 25), es decir, que tu alma no sea atrapada. Pues la mujer captura las preciosas almas de los hombres (Ibid. 26). El engaño es del oído.

Pues con el mucho halago del discurso, la mujer adúltera a menudo ha seducido, engañado, burlado el corazón del joven (Prov. VII, 21).

41. Por lo tanto, no confiemos en las trampas y redes que engañan y burlan; porque los corazones son tentados, los pensamientos son impedidos, que son impedidos por la vista, impedidos por el oído, el olfato, el tacto, el sabor. No sigamos lo seductor y engañoso: sino sigamos aquello que es bueno, adhirámonos a ello, imitémoslo, que su presencia, su comunicación nos haga mejores, coloree nuestras costumbres, que cierta sociedad con él nos forme. Pues quien se adhiere al bien, asume de él lo que es bueno; porque está escrito: "Con el santo serás santo, y con el elegido serás elegido, y con el perverso serás perverso, y con el inocente serás inocente" (Sal. XVII, 26, 27): pues por la asiduidad y la imitación se forma una cierta imagen de semejanza. Y por eso añadió: "Porque tú iluminas mi lámpara, Señor" (Ibid., 29). Pues quien se acerca a la luz, pronto es iluminado, y más en él resplandece el esplendor de la luz eterna desde cerca. Por lo tanto, el alma que se adhiere a ese bien invisible, Dios, y eterno, también huye de estas cosas corporales, y terrenales, y mortales, y se hace semejante a aquello que desea, en lo que vive y se alimenta; y porque se dirige a lo inmortal, no es ella misma mortal. Pues quien peca, muere; no ciertamente por alguna disolución de sí misma, sino que muere para Dios por mérito, porque vive para el pecado. Por lo tanto, quien no peca, no muere; porque permanece en su sustancia, permanece en virtud y gloria.

42. ¿Cómo puede perecer su sustancia, siendo que es el alma la que infunde vida? Y a quien se le infunde el alma, se le infunde vida: de quien el alma se aparta, la vida se aparta. Por lo tanto, el alma es vida. ¿Cómo puede recibir la muerte, siendo contraria a ella? Así como la nieve no recibe el calor, pues se derrite de inmediato, y la luz no recibe las tinieblas, pues las disipa al instante (pues al infundir luz, el horror de las tinieblas se desvanece, así como al acercarse el fuego, el rigor de la nieve cesa), así también el alma que crea vida no recibe la muerte y no muere: el alma no recibe la muerte; por lo tanto, el alma no muere.

CAPÍTULO X.

La Escritura también prueba la inmortalidad de las almas; y además se les asignan moradas superiores: donde también se refuta la metempsicosis de los filósofos; y luego se disuelve la queja sobre la recompensa diferida de los justos.

43. Tenemos, por tanto, una razón, pero esta es humana: aquello es divino, lo que dice el Señor: Tengo poder para poner mi alma; y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). Ves, pues, que no muere con el cuerpo, la que se pone y se retoma, y se encomienda en las manos de Dios Padre. Pero tal vez digas que es algo especial de Cristo, y aunque Él asumió lo que es del hombre, sin embargo, porque es de otra causa y para no perder tiempo en demostrar esto, escucha lo que dice: ¿Qué sabes si esta noche te será requerida tu alma? (Lucas XII, 20). ¿Acaso dijo: Que muera en ti tu alma? No; sino, que te sea requerida. La que fue dada, es requerida, o te la reclaman. Pues el alma es reclamada, no destruida. La que es reclamada, permanece: la que es destruida, no permanece. ¿Cómo puede ser destruida, de la cual dijo la Sabiduría de Dios, que no se debe temer a quien puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma? (Mateo X, 28). De la cual dice el profeta: Mi alma está siempre en tus manos (Salmo CXVIII, 109). Siempre, dice, no en el tiempo.

44. Y tú encomienda tu alma en las manos del Señor: no solo cuando se aparta del cuerpo, sino también cuando está en el cuerpo, está en las manos del Señor; porque no ves de dónde

viene, ni a dónde va. Está en ti, y está con Dios. Por lo tanto, el corazón del rey está en la mano del Señor, y por Él es dirigido y gobernado. El corazón se llena de mente, porque la mente es el principal del alma, y la virtud del alma. No digo esa virtud que está en los músculos, sino la que está en los consejos, la templanza, la piedad y la justicia. Si el corazón del hombre está en la mano del Señor, mucho más el alma. Si el alma está en la mano de Dios, ciertamente nuestra alma no está encerrada en la tumba junto con el cuerpo, ni está retenida en el sepulcro: sino que cumple con una piadosa quietud. Y por eso los hombres en vano construyen sepulcros preciosos, como si fueran receptáculos de las almas, y no solo del cuerpo.

45. Que las moradas de las almas son superiores, se prueba mucho con los testimonios de las Escrituras. Pues leemos en los libros de Esdras: Que cuando llegue el día del juicio, la tierra devolverá los cuerpos de los difuntos, y el polvo devolverá las que descansan en los sepulcros, los restos de los muertos. Y las moradas, dice, devolverán las almas que les fueron encomendadas, y el Altísimo se revelará sobre el trono del juicio (IV Esdras VII, 32). Estas son las moradas de las que el Señor dice que hay muchas mansiones en la casa de su Padre, que prepararía para sus discípulos al ir al Padre (Juan XIV, 2). Pero he usado los escritos de Esdras, para que los gentiles conozcan que lo que admiran en los libros de Filosofía, fue tomado de los nuestros. Y ojalá no hubieran mezclado cosas superfluas e inútiles con ellos; como decir que las almas de los hombres y de las bestias son comunes, y que su mayor recompensa sería que las almas de los grandes filósofos migraran a abejas o ruiseñores; para que quienes antes alimentaron al género humano con su discurso, después deleitaran con la dulzura de la miel o la suavidad del canto. Habría sido suficiente que dijeran que las almas liberadas de los cuerpos buscaran el Hades, es decir, un lugar que no se ve, al que en latín llamamos infierno.

46. Por lo tanto, la Escritura también llamó a esas moradas de las almas almacenes (IV Esdras VII, 32): que respondiendo a la queja humana, porque los justos que han precedido parecen ser defraudados de la recompensa debida hasta el día del juicio, por un largo tiempo, dice maravillosamente que ese día del juicio es semejante a una corona (IV Esdras V, 42), en el que así como no hay tardanza para los últimos, tampoco hay rapidez para los primeros. El día de la corona es esperado por todos; para que dentro de ese día los vencidos se avergüencen, y los vencedores obtengan la palma de la victoria. Tampoco dejó oculto el hecho de que los que nacieron antes parecen superiores, y los que después, más débiles. Comparó el parto de este siglo al útero de una mujer (IV Esdras V, 53); porque son más fuertes los que nacieron en la juventud de la virtud, más débiles los que en el tiempo de la vejez. Pues este siglo ha decaído por la multitud de generaciones como el vientre de una madre que da a luz, y como una criatura envejecida, deposita el vigor de su juventud, ya marchito el vigor de sus fuerzas.

47. Por lo tanto, mientras se espera la plenitud del tiempo, las almas esperan la recompensa debida. A unas les espera el castigo, a otras la gloria; y sin embargo, ni aquellas están sin injuria, ni estas sin fruto. Pues aquellas viendo que a los que guardan la ley de Dios les está reservada la recompensa de la gloria, que sus moradas son conservadas por los ángeles, pero para ellas habrá castigos por su desidia y contumacia, y vergüenza y confusión; para que al contemplar la gloria del Altísimo, se avergüencen de venir a su presencia, cuyas mandatos han violado. Pues así como la transgresión de Adán, así también la confusión; porque así como él cayó por la negligencia de los mandatos celestiales, y se escondió por la vergüenza de su caída, no atreviéndose a soportar el resplandor de la presencia divina por la vergüenza de su conciencia pecadora: así también las almas de los pecadores no soportarán el esplendor de su luz vibrante, al recordar con ese testigo que han errado.

CAPÍTULO XI.

Expone los siete órdenes en los que se dispondrá la alegría de los justos después de esta vida; y exhorta a que nos acerquemos diligentemente a Dios, y no temamos el fin de la vida.

48. La alegría de las almas justas se dispondrá en ciertos órdenes (IV Esdras VII, 49 y ss.). Primero, porque han vencido la carne, y no se han dejado seducir por sus tentaciones. Luego, porque por el precio de su diligencia e inocencia, obtienen seguridad, y no se ven envueltas en errores y perturbaciones como las almas de los impíos, ni son atormentadas por la memoria de sus vicios, ni agitadas por ciertas ansiedades. Tercero, porque la ley que han guardado se apoya en el testimonio divino, para que no teman el incierto resultado de sus obras en el juicio supremo. Cuarto, porque comienzan a entender su descanso, y a prever su futura gloria, y consolándose con ello, descansarán en sus moradas con gran tranquilidad, rodeadas de la protección de los ángeles. El quinto orden de exultación tiene la abundante dulzura de haber llegado a la luz y libertad desde esta cárcel del cuerpo corruptible, y poseer la herencia prometida. Es un orden de descanso, porque es también de resurrección: Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo, dice, todos serán vivificados. Cada uno en su orden: las primicias, Cristo; luego los que son de Cristo, que creyeron en su venida, luego el fin (II Cor. XV, 22 y ss.). Habrá, por tanto, un orden diverso de claridad y gloria, como habrá un orden de méritos. El progreso de los órdenes también expresa el progreso de la claridad (IV Esdras VII). Finalmente, en el sexto orden se les demostrará que sus rostros comienzan a resplandecer como el sol, y a compararse con las luces de las estrellas; aunque ese resplandor no puede ya sentir corrupción. El séptimo orden será que exulten con confianza, y confíen sin ninguna duda, y se alegren sin temor, apresurándose a ver su rostro, a quien han rendido los servicios de una diligente servidumbre: de lo cual, con el recuerdo de una conciencia inocente, presumen la gloriosa recompensa de un pequeño trabajo, que al comenzar a recibir, reconocen que las pasiones de este tiempo no son dignas de la gloria de la recompensa eterna que se les devuelve. Este es el orden, dice (IV Esdras, IX), de las almas que son de los justos, a las que no dudó en llamar inmortales en el quinto orden; porque, dice, comienzan a recibir el espacio disfrutando y siendo inmortales. Esta es, dice (Ibid.), su paz a través de los siete órdenes, y la primera realización de la futura gloria, antes de que disfruten del don de la congregación tranquila en sus moradas. Por lo cual el profeta dice al ángel: ¿Se dará tiempo a las almas, después de que se hayan separado de los cuerpos, para que vean lo que has dicho? (IV Esdras IX). Y el ángel dijo: su libertad será de siete días, para que vean, en siete días, las palabras que han sido dichas, y después serán reunidas en sus moradas. Estas cosas han sido expresadas más plenamente sobre los órdenes de los justos que sobre las pasiones de los impíos; porque es mejor conocer cómo se salvan los inocentes, que cómo son atormentados los culpables.

49. Por lo tanto, porque los justos tienen esta recompensa (S. Aug. lib. IV contra dos epíst. Pelag., c. 11), de ver el rostro de Dios, y esa luz que ilumina a todo hombre, desde ahora revistámonos de tal estudio, para que nuestra alma se acerque a Dios, se acerque la oración, se adhiera a Él nuestro deseo, no nos separemos de Él. Y aquí, aunque estamos situados, meditando, leyendo, buscando, nos unimos a Dios, lo conocemos como podemos. Porque aquí conocemos en parte, porque aquí todo es imperfecto, allí todo es perfecto: aquí somos niños, allí robustos. Vemos, dice, ahora por espejo en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Entonces con el rostro revelado se nos permitirá contemplar la gloria del Señor, que ahora las almas envueltas en las entrañas concretas de este cuerpo, y oscurecidas por ciertas manchas y suciedades de esta carne, no pueden ver sinceramente. Porque, dice, ¿quién verá mi rostro, y vivirá? (Éxodo XXXIII, 20). Y con razón. Pues si nuestros ojos no pueden soportar los rayos del sol, y si alguien mira fijamente al sol por mucho tiempo, se dice

que suele quedar ciego: si una criatura no puede mirar a otra criatura sin daño y ofensa de sí misma, ¿cómo puede ver sin peligro el rostro vibrante del creador eterno, cubierto con las vestiduras de este cuerpo? Porque, ¿quién se justifica en la presencia de Dios, cuando ni siquiera un niño de un solo día puede estar libre de pecado, y nadie puede gloriarse de la integridad y castidad de su corazón?

50. No temamos, pues, ser recibidos por los hombres, no temamos ese fin debido a todos, en el que Esdras encontró la recompensa de su devoción, cuando el Señor le dijo: Porque serás recibido por los hombres, y vivirás el resto con mi Hijo, y con tus semejantes (IV Esdras XIV, 9). Y si para él era glorioso y placentero ser conservado con sus semejantes, cuánto más glorioso y placentero será para nosotros ir hacia los mejores, y convivir con aquellos cuyas obras admiramos.

51. ¿Quién fue antes, Esdras o Platón? Pues Pablo siguió las palabras de Esdras, no las de Platón. Esdras reveló, según la revelación que le fue dada, que los justos estarán con Cristo, estarán con los santos. De ahí que aquel Sócrates diga que se apresura a ir a sus dioses, a aquellos hombres excelentes. Por lo tanto, lo que es excelente en los escritos de los filósofos es nuestro: y él puso lo que no tenía testimonio propio: nosotros tenemos la autoridad del precepto divino. Moisés y Elías aparecieron con Cristo (Mateo XVII, 3); Abraham recibió a dos otros con su Dios en hospitalidad (Génesis XVIII, 2); Jacob vio los campamentos de Dios (Génesis XXXII, 2); Daniel declaró que los justos resplandecerán como el sol y las estrellas en el cielo, revelado por el Espíritu Santo (Daniel XII, 3).

CAPÍTULO XII.

Describe la felicidad eterna, que también demuestra que nos está destinada. Luego, prosiguiendo con sus cualidades, muestra que aquella es la región de los vivos, esta de los muertos. Finalmente, concluye el libro con una prudente admonición.

52. Confiados en esto, avancemos intrépidamente hacia nuestro redentor Jesús; intrépidamente hacia el concilio de los patriarcas, intrépidamente hacia nuestro padre Abraham, cuando llegue el día, partamos; intrépidamente avancemos hacia esa asamblea de santos, y reunión de justos. Pues iremos a nuestros padres, iremos a aquellos preceptores de nuestra fe; para que, aunque falten las obras, la fe ayude, se defienda la herencia. Iremos también donde Abraham santo extiende su seno, para recibir a los pobres, como recibió a Lázaro: en cuyo seno descansan los que en este mundo han soportado cosas graves y ásperas.

53. Pero ahora, padre, una y otra vez extiende tus manos para recibir a este pobre, abre tu regazo, expande tus senos, para que recibas a más, porque muchos han creído en el Señor. Pero sin embargo, aunque la fe ha crecido, abunda la iniquidad, se enfría la caridad. Iremos a aquellos que se sientan en el reino de Dios con Abraham, Isaac y Jacob, porque no se excusaron cuando fueron invitados a la cena. Iremos allí donde está el paraíso de la alegría, donde Adán que cayó en manos de ladrones, ya no sabe llorar sus heridas, donde incluso el ladrón mismo se regocija en la compañía del reino celestial, donde no hay nubes, ni truenos, ni relámpagos, ni tormentas de viento, ni tinieblas, ni anochecer, ni verano, ni invierno variarán las estaciones. No habrá frío, ni granizo, ni lluvias, ni habrá uso de este sol, ni de la luna, ni de los globos de las estrellas: sino que solo brillará la claridad de Dios. Porque el Señor será la luz de todos; y esa luz verdadera, que ilumina a todo hombre, brillará para todos. Iremos allí donde el Señor Jesús ha preparado mansiones para sus siervos, para que donde Él está, también estemos nosotros. Así lo quiso. ¿Cuáles son esas mansiones? Escucha lo que dice: En la casa de mi Padre hay muchas mansiones (Juan XIV, 2). ¿Cuál es la

voluntad? Vengo otra vez, dice, y os llevaré a mí mismo, para que donde yo estoy, también vosotros estéis (Juan XIV, 3).

54. Pero dirás que hablaba solo a los discípulos, que solo a ellos les prometió muchas mansiones. ¿Acaso preparaba solo para los once discípulos? ¿Y dónde está aquello de que vendrán de todas partes del mundo y se sentarán en el reino de Dios (Mateo VIII, 11)? ¿Por qué dudamos de los efectos de la voluntad divina? Pero querer de Cristo, es hacer. Finalmente, mostró el camino, mostró el lugar, diciendo: Y a donde yo voy, sabéis, y el camino sabéis (Juan XIV, 4). El lugar está con el Padre, el camino es Cristo, como Él mismo dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí (Juan XIV, 6). Entremos en este camino, mantengamos la verdad, sigamos la vida. El camino es el que conduce, la verdad es la que confirma, la vida es la que se da por sí misma. Y para que sepamos la verdadera voluntad, añadió en lo posterior: Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria (Juan XVII, 12). Esta repetición es una confirmación, como aquello: ¡Abraham, Abraham! (Génesis XXII, 1). Y en otro lugar: Yo soy, yo soy, quien borra tus iniquidades (Isaías XLIII, 25). Pero lo que prometió antes, aquí lo pidió. Y porque prometió antes, y así lo pidió, no lo pidió antes, y así lo prometió: prometió como árbitro del don, consciente de su poder: lo pidió al Padre como intérprete de la piedad. Y prometió antes, para que conozcas su poder: lo pidió después, para que entiendas su piedad. No lo pidió antes, y así lo prometió; para que no pareciera que prometió más bien lo que había obtenido, que lo que había prometido, lo había concedido. Y no pienses que es superfluo que lo pidiera, cuando te expresa la comunión de la voluntad paterna, en la que hay un indicio de unidad, no un incremento de poder.

55. Te seguimos, Señor Jesús: pero para seguirte, llámanos, porque sin ti nadie asciende. Pues tú eres el camino, la verdad, la vida, la posibilidad, la fe, la recompensa. Recíbenos como camino, confirmanos como verdad, vivifícanos como vida. Muestra ese bien tuyo que David deseaba ver, habitando en la casa del Señor; por eso decía: ¿Quién nos mostrará el bien? (Salmo IV, 6). Y en otro lugar: Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Salmo XXVI, 13). Porque allí están los bienes, donde hay vida perpetua, vida sin crimen. En otro lugar también dice: Nos saciaremos con los bienes de tu casa (Salmo LXIV, 5). Lo que repitió para que supieras que de aquí los filósofos tomaron ese bien, que afirman que es el supremo. Muestra, pues, ese verdadero bien tuyo, ese divino, en el que vivimos, y somos, y nos movemos (Hechos XVII, 28). Nos movemos como en el camino, somos como en la verdad, vivimos como en la vida eterna (Juan XIV, 6). Muéstranos ese bien, que es semejante a sí mismo, siempre indisoluble e inmutable, en el que seamos eternos en el conocimiento de todo bien, como lo testificó tu vaso de elección Pablo diciendo: Porque quizás por eso se apartó por un tiempo, para que lo recibieras para siempre (Filemón XV). Por lo tanto, llamó eterno al ministro de Dios, escribiendo a Filemón, cuya fe en el conocimiento de todo bien que está en los santos, en Cristo Jesús, pedía que se hiciera más evidente. En ese bien hay descanso puro, luz inmortal, gracia perpetua, herencia piadosa de las almas, y tranquila seguridad, no sujeta a la muerte, sino arrebatada de la muerte, donde no hay lágrimas, no hay llanto. Pues, ¿de dónde habría llanto allí, donde no hay caída? Donde están tus santos libres de errores y preocupaciones, de insensatez e ignorancia, de temor y miedo, de deseos y coluviones corporales y pasiones, donde está la región de los vivientes. Y para que a esta afirmación le añadamos autoridad, sobre este bien dice el Profeta: Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha hecho bien: porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Agradaré al Señor en la región de los vivientes (Salmo CXIV, 7 y ss). Agradaré, dijo, no agrado, esto es, se halaga con el tiempo futuro. Las cosas

futuras son contrarias a las presentes, y las eternas a las temporales. Y por eso, porque allí está la región de los vivientes, aquí ciertamente la de los muertos.

56. ¿Acaso no es esta la región de los muertos, donde está la sombra de la muerte, donde está la puerta de la muerte, donde está el cuerpo de la muerte? Finalmente, se le concede a Pedro, para que las puertas del infierno no prevalezcan contra él (Mat. XVI, 18). Estas puertas del infierno son terrenales. Por eso también dice: Tú que me exaltas de las puertas de la muerte (Sal. IX, 15). Así como hay puertas de justicia en las que los santos confiesan al Señor, también hay puertas de crímenes en las que los impíos han negado al Señor. Escucha que esta región es de los muertos. Si alguien toca un muerto, será impuro (Num. XIX, 11). Sin embargo, todo iniquo es impuro ante el Señor. Si alguien toca la iniquidad, será impuro: si alguien está en delicias, está muerto; porque la que vive en delicias, está muerta en vida (I Tim. V, 6). Y los infieles descienden al infierno vivos: aunque parezcan vivir con nosotros, están en el infierno. Si alguien (14, q. 4. cap. Si quis usuram) cobra usura, comete robo, no vive en vida, como tienes en Ezequiel (Ezeq. XXXIII, 18 y 19). Pero si alguien justo guarda las justificaciones del Señor para hacerlas, dice, vivirá, y vivirá en ellas. Él está, por tanto, en la región de los vivos, en aquella región donde la vida no está escondida, sino libre; donde no hay sombra, sino gloria. Aquí ni siquiera Pablo vivía en gloria. Finalmente, gemía en el cuerpo de la muerte. Escucha lo que dice: Porque ahora nuestra vida está escondida con Cristo en Dios: cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, entonces también nosotros apareceremos con él en gloria (Col. III, 3 y 4).

57. Apresurémonos, pues, hacia la vida. Si alguien toca la vida, vivirá. Finalmente, aquella mujer que tocó el borde de su manto fue liberada de la muerte, a quien se le dice: Tu fe te ha salvado, ve en paz (Luc. VIII, 48). Porque si quien toca un muerto es impuro; sin duda quien toca al viviente, es salvo. Busquemos, pues, al viviente. Pero veamos de nuevo, no sea que lo busquemos entre los muertos, y se nos diga como a aquellas mujeres: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado (Luc. XXIV, 6). El mismo Señor mostró dónde quería ser buscado, diciendo: Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17). Busquémoslo, pues, allí donde lo buscó Juan, y lo encontró. Él lo buscó al principio (Juan I, 1) y encontró al viviente con el viviente, al Hijo con el Padre. Busquémoslo nosotros al final de los tiempos, y abracemos sus pies, y adoremos a él, para que nos diga también a nosotros: No temáis (Mat. XXVIII, 5), es decir, no temáis de los pecados del mundo, no temáis de las iniquidades del mundo, no temáis de las olas de las pasiones corporales, yo soy la remisión de los pecados: no temáis de las tinieblas, yo soy la luz: no temáis de la muerte, yo soy la vida. Cualquiera que venga a mí, no verá la muerte para siempre; porque él es la plenitud de la divinidad, y a él es la gloria, el honor, la perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.